

á la Provincia franciscana del Santo Evangelio de México; pero habiendo sido los R. R. P. P. Fr. Francisco Ramírez, nuestro actual Prefecto de Misiones entonces, y después Obispo de Caradro, Fr. J. Guadalupe González, Fr. José M. Sánchez y Fr. Alfonso Orozco nombrados en comisión para ir á recibir el expresado convento, al presentarse ante el Guardián de aquella localidad exhibiendo las credenciales y la orden escrita por el P. Ministro General de hacer dicha entrega, recibieron una desagradable sorpresa que desconcertó todos sus planes.

Noticiosos los padres de la Provincia de las pretensiones del P. Cardona, indiscretamente por él mismo vociferadas, recurrieron oportunamente á Roma valiéndose de influjos poderosísimos que obtuvieron del P. Ministro General la revocación del decreto definitorial por el cual la Provincia del Santo Evangelio debía entregar el convento de Puebla, en cambio del cual se señalaba en la nueva disposición el convento de San Gabriel situado en Cholula para que en él tuviese lugar la fundación proyectada. De suerte que, al entregar la comisión de la Comisaría general los pliegos concernientes á la entrega del convento de las S. S. Llagas, recibieron en respuesta una transcripción convenientemente autorizada del nuevo decreto revocando el primero, lo cual, con grande contrariedad de los padres comisionados, fué puesto en el conocimiento del M. R. P. Comisario general, quien, contrariado á su vez, no tuvo más recurso que el de practicar las diligencias necesarias para impedir que fuese su autoridad conculcada por la subrepción.

Cerciorado que fué de la autenticidad de los documentos, dispuso que la comisión, que aguardaba en Puebla, pasase á Cholula sin pérdida de tiempo, en donde el día 9 de Julio de 1860 el R. P. Fr. Angel Rosete, religioso del Santo Evangelio que vivía allí construyendo una capilla denominada de los Santos lugares, comisionado por su Provincial, le hizo formal entrega del ruinoso convento de San Gabriel, sin muebles ni enseres de ningún género, como no sean algunos libros maltratados en lo que podía llamarse indiferentemente biblioteca ó archivo y algunos ornamentos sucios y despedazados en las Sacristías de la iglesia principal y de la Tercera Orden que le está anexa.

En la historia antigua de México tiene Cholula alguna importancia por sus monumentos. Refiérese que el número de sus

templos era igual al de los días del año azteca y actualmente el número de clavos de la puerta mayor de la iglesia del convento corresponde al de los días del año gregoriano, siendo de notar que en ese crecido número de clavos no se ven dos iguales en su hechura y forma, conservándose la tradición de ser todos ellos obra de un lego franciscano de los primeros moradores del convento.

Cuenta asimismo la tradición que allá en los tiempos de la gentilidad, los indios de Cholula eran libres sin reconocer vasallaje á rey ni á cacique alguno fuera de la ciudad. Tenían en su escudo de armas una águila rampante y eran gobernados por dos indios principales llamados Achiach y Tlalchiach, teniendo por armas el primero una águila y el segundo un tigre, bestia la más feroz en esta tierra, simbolizando que así sobresalía aquel pueblo entre los demás, como el águila entre las aves y el tigre entre los cuadrúpedos. Vivían estos dos indios en un templo, situado en la localidad misma que ocupa hoy nuestro convento, y que era el mayor que había en la ciudad; estaba dedicado al famoso caudillo Quetzalcoatl, cuyo nombre llevaba, y en él residía, á más de los indios mencionados, gran número de ascetas ó *Religiosos*, los cuales debían forzosamente ser escogidos entre los nobles que en la misma ciudad habitaban en el barrio llamado Tianguznahuac y que hoy se llama San Miguel. Los candidatos para aquel género de vida religiosa, tenían que desapropiarse de todos sus bienes en beneficio del templo, ó de la mayor parte para el sustento de los *Religiosos*; y una vez que hubiesen entrado, no les era permitido salir de la religión, si bien los que fuesen casados, que de todo había, podían de noche salir á sus casas á dormir. Y en oyendo sonar unas trompetas de calabazas largas, llamadas *acocotl*, que tocaban á media noche, acudían aquellos cenobitas al templo á practicar algunos ritos religiosos, quemando sahumerios en grandes sahumadores de barro ó de pedernal delante del ídolo que representaba á Quetzalcoatl, hecha de bulto, grande y con la barba muy larga, al cual rogaban les concediese buenos temporales, salud, sociego y paz en su república. El resto del tiempo lo pasaban en el templo, á donde les llevaban la comida de sus casas; y de veinte en veinte días se juntaban de otros templos y comían juntos. Dá-



banles por hábito á los nuevamente entrados en la congregación, una capa negra, la cual traían durante cuatro años, terminados los cuales, les vestían otra capa también negra, pero con cenefa roja, la cual llevaban puesta por otros cuatro años, volviendo después de ese tiempo á vestir la capa enteramente negra por otros cuatro años, aunque en este período de tiempo la capa negra no era lisa, como la primera vez que la vestían, sino que estaba bordada; y acabados estos tres períodos de cuatro años, es decir, á los doce años, recibían la última vestidura de capa negra simple con la cual pasaban lo restante de su vida, á excepción de los indios más antiguos de la Orden, que siempre vestían de color de escarlata.

En el mismo local, pues, habitado en otro tiempo por estos ascetas ó caballeros, que uno y otro podían ser, fundaron los padres franciscanos, en tiempo de la conquista, un convento, cuya iglesia acaso sirvió de fortaleza á los conquistadores, ya que la elevación y el espesor de sus muros almenados están indicando que alguna vez estuvieron estos coronados de artillería de cierto calibre para ametrallar á los naturales que intentaran emprender un asalto. Esta iglesia está cercada por un atrio extensísimo, dentro del cual se elevan otros dos templos, siendo uno de ellos la Tercera Orden y el otro la denominada Capilla Real, compuesta de nueve extensísimas naves, de aspecto desagradable por lo desproporcionadas en su construcción y por el desaseo en que habitualmente las mantienen sus poseedores.

A espaldas de este grupo de edificios se destaca la famosa pirámide en cuya cima se eleva un gracioso templo dedicado á la Madre de Dios bajo la advocación de los "Remedios", contrastando con la maleza de que la pirámide está revestida y con los cipreses que la coronan.

Al frente del convento el numerosísimo caserío de la ciudad presenta un conjunto abigarrado, en parte risueño por las espesas arboledas que se elevan á cada paso y en parte triste, y hasta lúgubre por la abundancia de ruinas antiguas y no antiguas con que hay que tropezar en cada acera, haciendo pensar al observador, al contemplar sus calles desiertas y silenciosas, que se halla visitando alguna necrópolis.

Tal es la descripción suscita del sitio elegido para la fun-

dación del nuevo Colegio, siendo designados para fundadores los religiosos siguientes.

Guardián: R. P. Fr. Francisco Cardona.

1º Discreto. „ „ Fr. José M. Sánchez.

2º „ y Vicario de casa R. P. F. Guadalupe González.

3º „ R. P. Fr. José M. Malabehar.

4º „ R. P. Fr. Alfonso Orozco.

Secretario. R. P. Fr. Miguel Romo del Refugio.

Operarios. R. P. Fr. Joaquín D. Cabrera.

R. P. Fr. Luis G. Aguirre.

R. P. Fr. José M. Caballero.

R. P. Fr. Buenaventura Chávez.

R. P. Fr. Francisco Galván.

R. P. Fr. Luis G. Frausto.

Coristas. V. Hº Fr. Bernardino de J. Martínez.

V. Hº Fr. José M. Gutiérrez.

V. Hº Fr. Angel Tiscareño.

V. Hº Fr. Juan de Dios Llaguno.

Hº Laico. Fr. Francisco Rangel.

Hº Laico. Fr. Manuel González.

Novicios de corona. Fr. José M. Padilla.

Fr. Feliciano Anitua.

Donados. Hº Joaquín Pérez } de San Fernando.

Hº Pablo Vázquez }

Hº Luis Corchado, de Guadalupe.

Este numeroso personal no fué enviado del Colegio de San Fernando en una sola emisión, sino que separadamente fueron llegando á Cholula, primero los Sacerdotes, de dos en dos, y después todos los hermanos del Noviciado en número de nueve, siendo el último en llegar el P. Cardona, ya por tener algunos pendientes en México y en Puebla, ó ya, lo que acaso es más cierto, por el desagrado que le causaba ver frustradas sus esperanzas de instalarse con sus religiosos en Puebla, como deseaba.

Los hermanos que componían el Noviciado, presididos por los sacerdotes Chávez y Caballero, salieron de México el día 3 de Agosto de 1860, acompañando un convoy que conducía caudales y municiones para Veracruz, resguardado por tropas al mando del General Moreno, quien, habiendo sabido que las gue-



trillas de Carvajal, en número superior al de la escolta del convoy, se preparaban á salirle al encuentro para apoderarse de cuanto aquel conducía, mandó hacer alto en el pueblo de Ayo-tla, deteniéndose allí hasta que de Jalapa hubo de venir el General Robles Pezuela con una parte del ejército de sumando para reforzar á Moreno y pasar sin peligro por el monte en donde los guerrilleros solían hacer sus depredaciones, tanto más temibles en esta vez, cuanto que, á más de los intereses iban allí personajes muy distinguidos en la política reaccionaria, como el Doctor Miranda, el Gobernador de Puebla, Ayestarán, el Administrador general de Correos y otras innumerables personas y familias que sería largo de referir y las cuales se habían asociado al convoy como único medio de atravesar aquellos caminos llenos entonces de peligros de toda especie, teniendo que ser muy lenta la marcha, no sólo por la maleza natural de aquellos sitios, sino por los muchos obstáculos ya de troncos de árboles, ya de peñascos enormes con que de intento obstruían el camino los malhechores.

El día 6 emprendió de nuevo la marcha el convoy, llegando al anochecer á Río-frío en medio de un temporal deshecho. —“Hemos llegado, decía el Doctor Miranda á los Religiosos, al lugar de donde se reparte el frío para todo el mundo.”—Y así era la verdad; porque allí pasaron nuestros pobres frailes una noche de lo más penosa, teniendo que alojarse en un desván cuyo piso lo formaban tablas separadas por hendeduras de dos ó tres pulgadas, por las cuales soplaba un viento glacial que venía de los bajos donde había caballerizas, ocupadas á la sazón por una parte de los soldados que escoltaban el convoy, sin que hubiera recurso alguno de proporcionarse camas y ropa para descansar y abrigarse.

El día 7 llegaron los Religiosos á San Martín Texmelucan alojándose en el Curato y el día 8 á Puebla, yendo á parar á la casa misma del Doctor Miranda en derecho, de donde ese mismo día, después de comer, fueron llevados á la casa de los señores Cardoso, sita en ese tiempo en la calle de Rabozo, siendo allí colmados de todo género de atenciones por tan cristiana familia.

El día 10, fiesta de San Lorenzo, fué el designado para que la comunidad hiciese su entrada solemne en Cholula. A ese fin,

saliendo á pié desde Puebla los religiosos á las cinco de la mañana, fueron deteniéndose por todo el camino á medida que encontraban grupos de indígenas bastante numerosos que les salían al paso, obsequiándoles con ramos de flores, tapizando con ellas también el suelo que pisaban y sahumándoles con copal que iban quemando en sahumadores de barro. Al son de tambores de cierta forma, que llaman *teponaxtle* los naturales, acompañados de chirimías, marchaban todos, aumentando el gentío á medida que más se aproximaban á su destino; y después de haber entrado á los templos de Santiago y San Andrés Cholula á orar y entonar algunas preces, fueron finalmente recibidos en la Parroquia principal por el señor Cura y su Clero, procesionalmente con cruz alta y ciriales, yendo todos al presbiterio, en donde se entonó un solemne *Te Deum*, llegando finalmente al convento cerca de las dos de la tarde, casi desfallecidos de necesidad y cansancio.

Inmediatamente se estableció la escuela de comunidad en todo rigor. Rezábamos maitines á media noche. No teniendo muebles de que servirnos, dormíamos en el suelo en petates. Los indios nos abastecían de verduras y legumbres; tortillas de maíz y frutas; algunas semillas como maíz y frijol; algunas veces pan, azúcar, leche y café; pero casi nunca nos proveían de carne, imaginándose que observábamos perpétua abstinencia. Durante el día, fuera de los rezos de coro, los sacerdotes bajaban á sentarse en el confesonario; los hermanos coristas se ponían á estudiar, entrando en las materias de estudio la lengua mexicana. Por la tarde solíamos tener los juéves y los domingos un rato de recreación, bajando al solar que había sido huerta en otro tiempo y en el cual no quedaba de los antiguos frutales que acaso la poblaron mas que un elevado y frondosísimo zapote que nos proveía de los grandes y sazonados frutos que producía y que nosotros tomábamos con verdadero placer por encontrarlos de un gusto excepcionalmente delicioso.

Así pasábamos la vida, casi contentos, aunque no sin penalidades y zozobras, hasta que en uno de los primeros días de Diciembre personas amigas que se interesaban por nosotros vinieron á denunciarnos la proximidad de unas fuerzas, al mando del General Alatraste, aconsejándonos á la vez que abandonásemos el convento de Cholula, yéndonos á refugiar á Puebla en



espera de los acontecimientos. Por lo cual, no teniendo más objetos preciosos que poner en salvo que los vasos sagrados y los ornamentos de la sacristía; no los despedazados y mugrientos que habíamos recibido, sino muchos nuevos, que de México había enviado el P. Cardona, hicimos líos, cargando uno cada religioso según sus fuerzas, y á eso de media noche emprendimos la marcha rumbo á Puebla, á donde hubimos de llegar á las ocho de la mañana del día siguiente, arrecidos de frío por haber recibido en el camino una recia helada.

El señor Yrigoyen, Gobernador de la Mitra en ese tiempo, sabedor de lo que había pasado, dispuso que nos alojásemos en la casa de ejercicios de la Concordia, perteneciente á los P. P. de la Congregación de San Felipe Neri, quienes bondadosa y caritativamente nos recibieron, poniendo á nuestra disposición las celdillas y las oficinas del establecimiento, con todos los muebles y utensilios que contenían, encontrándonos de este modo inesperadamente disfrutando de comodidades que tan lejos estábamos de poseer en nuestro pobre convento abandonado.

El P. Cardona, que tanta repugnancia manifestó siempre hacia el convento de Cholula, se regodeaba en esta vez reputando favorable la ocasión que se le ofrecía de trasladar á Puebla, siquiera fuese de un modo transitorio, la residencia de la comunidad, acariciando la idea de aprovechar más tarde, si llegaba á ofrecérsele, la coyuntura de instalarse allí, según su deseo, de un modo constante y definitivo. Entretanto, aproximábanse las hermosas fiestas de Navidad, que tanto regocijo difundían en todas las casas religiosas, especialmente en las de institución franciscana, en recuerdo quizá de lo que hacía el gran Patriarca de Asís, quien según la expresión de un biógrafo, "casi se volvía loco de contento;" y nosotros, por decontado, nos preparábamos á manifestar nuestro júbilo, ensayando de antemano cánticos y representaciones escénicas y pantomímicas. Mas en la noche del 24 de Diciembre, cuando más entregados estábamos á nuestras inocentes diversiones y que tanto consuelo esperábamos sentir con la celebración de la Misa de Gallo, cae sobre nosotros de improviso como bomba de aplaca la tremenda noticia de que un ejército de generales, entre los cuales figuraban Alvarez, Alatorre, Aramberri, Antillón, Blanco, González Ortega, Mena, Quijano, Lamadrid, Régulez, Valle, Zaragoza, etc., etc.,

etc. habían derrotado en Calpulalpam á Miramón, á Velez y á Cobos, el día 22 del mismo mes, llegando á la capital Miramón sólo para ser el primero en dar á los suyos verbalmente el parte de su completa derrota.

La Reacción quedaba, pues, vencida en su último reducto por el ejército Liberal, y, de consiguiente nosotros íbamos á vernos lanzados del último atrincheramiento que nos quedaba después de habernos batido en retirada por el espacio de diez y ocho meses, á contar desde Julio de 1859 en que se verificó nuestra infausta exclaustación en Guadalupe de Zacatecas.

Era, pues, preciso dejar definitivamente el claustro, con la remotísima esperanza de volver á él en mejores días; y á fin de verificar nuestra vuelta á la vida seglar en condiciones aceptables, fué preciso recurrir á las S. S. Congregaciones romanas para alcanzar la relajación de todos aquellos preceptos disciplinares relativos á los Regulares que no pudiesen observarse fuera del claustro, cuidando entretanto el P. Cardona de facilitar á sus súbditos la ropa y el alojamiento convenientes, respondiendo al llamamiento que se le hizo aquella cristiana sociedad poblana con proveer de ropa abundantemente á los nuevamente exclaustados y ofrecer espontáneamente sus casas muchas honorables personas, entre las cuales figuraban los muy estimables y distinguidos señores, Lic. Dn. Manuel Ignacio Loaiza y Dn. Joaquín Traslosheros en la calle cerrada de San Agustín; Dn. Juan Diego Garmendia y Lic. Dn. Pedro Uriarte en la del Correo viejo; Dn. Severo Mesa en la de la Sacristía de Capuchinás; Dn. Luis G. Vega en la 2ª de la Palma; Dn. Francisco Zuloeta en la de Mesones; Dr. Dn. José Gutiérrez Villanueva en la de Guevara; Dn. Manuel Pastor en la del costado de Santo Domingo, y otros que no recuerdo, siendo los aquí expresados los que de preferencia acogieron en sus casas cada uno á dos ó tres de los nuestros, donde permanecieron algunos durante dos ó tres meses, separándose en seguida los más para ir, con licencia, á vivir al interior con sus familias y parientes, en espera de mejores días para volverse á reunir en comunidad, quedando en Puebla solamente cuatro religiosos de Guadalupe y dos donados de San Fernando al lado del P. Cardona, para presenciar los grandes acontecimientos históricos que en breve



tiempo tendrían lugar en aquellas comarcas y los cuales referiré en otro lugar.

Por ahora, concretándome á narrar todo lo relativo á la fundación del Colegio de Cholula, sólo diré que desde una altura dominante de la ciudad de Puebla y auxiliado de un potente telescopio con ocular terrestre, presencié hasta en sus últimos detalles la memorable jornada del 5 de Mayo. Que en una casa situada en una de las esquinas de la calle del Correo viejo, perteneciente á Dn. Antonio Buenabad, pasé una parte del sitio de los franceses, cuyas bombas, enfilando dicha calle por hallarse con dirección al ex-convento de San Agustín, nos destruyeron todos los muebles de las habitaciones, incluyéndose en ellos una cruz muy sólida de un crucifijo muy venerado que llamaban el Señor de Burgos y algunos bustos de estuco dorados, los cuales en una huecura del pecho cerrada con cristales contenían grandes é innumerables reliquias de santos y de mártires, pertenecientes á la capilla de las reliquias de Catedral y trasladados á mi casa en calidad de depósito por haber sido la Catedral convertida en baluarte, á donde los fuegos de los sitiadores convergían con frecuencia. Esas reliquias, rotos los bustos que las contenían, fueron encontradas después confusamente mezcladas y sin poderse discernir las que á cada busto correspondían, no obstante que antes de la catástrofe cada busto llevaba escrito el nombre del santo á quien las reliquias pertenecían.

Huyendo del peligro de los frecuentes bombardeos, tuvimos que abandonar la casa del Correo viejo, é ir á refugiarnos á una finca llamada "el molino de Huexotitla", fuera de la ciudad, perteneciente á la familia Benitez y como á medio kilómetro distante del Fuerte del Carmen que defendía el General Alatorre, donde permanecemos algunos días, llevando en nuestra compañía á cinco Religiosas, las cuales, al respeto del señor Canónigo Don Mariano Mesa, Tesorero de la Catedral de Morelia, ausente de su Iglesia después de las tropelías cometidas allá por Blanco y Pueblita, fueron trasladadas á Cholula durante el sitio, quedándome yo dentro de la plaza por haberme impedido la salida el combate que se trabó entre sitiados y sitiadores, al apoderarse estos del referido molino.

En una tabaquería de la calle de Mercaderes perteneciente á Don Luis Patiño pasé lo restante del sitio, en compañía de los P. P. Cardona y Llaguno, hasta el día 17 de Mayo en que

se verificó la rendición de la plaza, habiendo tenido que pasar por grandes penurias á consecuencia de la escasez de víveres. Después de esa fecha, volvimos á ocupar la casa de ejercicios de la Concordia, no sin haber ayudado en cuanto pudimos á los militares de Zacatecas que no fueron deportados á Francia, contándose entre nuestros favorecidos el General Don Miguel Auza, y los ayudantes de González Ortega, Genaro Kimball, Rafael Echenique y Francisco del Hoyo.

Queriendo el P. Cardona reorganizar la fundación, á influjo del Sr. Labastida, ya Arzobispo de México, quiso obligar al P. Comisario Palomar á que nombrase nuevos fundadores con exclusión de los que no habían querido permanecer en Puebla bajo su obediencia, á lo cual se resistió el P. Palomar en vista de los informes obtenidos de uno de los Religiosos á quienes con ese objeto había comisionado el P. Cardona y los cuales, habiendo salido de Puebla á principios de Julio de 1864, llegaron á Guadalupe de Zacatecas el día 26 del mismo mes.

Esta denegación de parte del P. Palomar agrió los ánimos á términos de ocasionarle serias y enojosas contestaciones con el Sr. Labastida y con el P. Cardona, queriendo el primero valerse de su autoridad con la calidad de Visitador de Regulares de que se hallaba investido; pero tropezando con la inesperada energía del P. Palomar, quedaron fallidas por este lado las esperanzas del P. Cardona, viéndose éste precisado á ehar mano de otros elementos para llevar á cabo su proyecto de fundación.

Como el año 1865 terminaba el período de gobierno del P. Palomar conforme á las Constituciones de la Orden, fué nombrado Definidor general; mas no habiendo aceptado, propuso para tan honroso oficio al P. Guardián de Zapopan, Fr. Buenaventura Portillo, recayendo el nombramiento de Comisario General de las Provincias y Colegios, á moción del Ilmo. Sr. Labastida, en el P. Cardona, quien de este modo pudo ya, en uso de su autoridad, arbitrar lo conveniente para llevar á buen término su antiguo y acariciado pensamiento de establecer en Puebla el pretendido Colegio; pero tropezando de nuevo con la oposición de los padres de la Provincia, tuvo al fin que desistir de sus pretensiones, resignándose á enviar á Cholula, con calidad de Presidente *in Capite* al P. Fr. Guadalupe González,